

## CAPITULO XXII.

(1865)

Los presos de Huetamo.—Fusilamiento de Margarito Próspero.—Ocupación de Uruapan por los imperialistas.—A propósito de un reloj.—Regreso del general Régules al Cuartel General.—Derrota de guerrillas.—El Sur de Jalisco.—Ataque á Zapotlán.—Echeagaray depona las armas.—Expedición de Salazar.—Batalla de Los Reyes.—¡Fuego, Señor!—Episodios.—La palabra de honor de los prisioneros franceses.—Depredaciones de los franceses en Zitácuaro.—Robos, asesinatos é incendios.—Los tres hermanos Alzati.—Una carta del general Alvarez.—Movimientos del guerrillero Garnica.—Cae prisionero D. Benigno Canto.—Ataque y toma de Coeneo.

La noticia de la captura de Romero causó una impresión profunda de dolor entre los republicanos por las simpatías de que gozaba aquel jefe y porque su pérdida era un triunfo para los imperialistas; pero no produjo el desaliento en el campo liberal ni disminuyó la actividad de sus caudillos.

Para volver á tomar el hilo de los sucesos, tenemos que retroceder respecto de lo referido en el capítulo anterior.

De Potier y los traidores que lo acompañaron en la sorpresa de Papasindan no regresaron á Zitácuaro, sino que llevando su presa, hicieron una marcha rápida á Huetamo, siguiendo el camino de Tiquicheo. Al saber este movimiento el coronel D. Leonardo Valdés, evacuó aquella plaza con la guardia nacional del Departamento y se situó como á dos leguas de distancia, permaneciendo allí en actitud de resistir el ataque de los franceses. No debo pasar en silencio un interesante episodio de aquel día. En los momentos en que el coronel Valdés preparaba su salida, todos los presos que había en la cárcel solicitaron, como mexicanos y patriotas, que se les die-

sen armas y se les incorporase á las fuerzas del coronel Valdés para hacer frente al enemigo, á lo cual se accedió. La columna francesa ocupó á Huetamo por espacio de dos días, esquivando todo ataque, y en seguida evacuó la población y se retiró por el mismo camino de Zitácuaro. Valdés volvió á ocupar la plaza, siendo de notar que entraron de nuevo á la cárcel todos los presos, pues ninguno quiso aprovechar la ocasión de desertarse. Esta patriótica conducta fué premiada por Riva Palacio que les condonó la cuarta parte del tiempo de su pena.

De Potier siguió con sus prisioneros hasta Toluca, en donde los recibió una fuerza de los belgas para conducirlos á la ciudad de México. Queda ya relatado el drama de Mixcalco que fué el desenlace de la sorpresa de Papasindan.

La dilatada expedición de De Potier hasta Huetamo sólo pudo haber tenido por objeto una inténtona de apoderarse también del general Arteaga.

El general en jefe se había retirado por el rumbo de Churumuco, en tanto que el general Riva Palacio permaneció en Carácuaro, dictando las disposiciones que las circunstancias hacían urgentes. Pueblita, que ocupaba á Tacámbaro, se internó en la Tierra Caliente, para ponerse fuera del alcance de las columnas francesas que, obrando en combinación con De Potier, habían salido de Morelia. Estos movimientos de los republicanos se operaron en los primeros días de Febrero. El 23 del mes anterior (Enero) una de las columnas de franceses, al mando del coronel Du Preuil, escoltando la brigada del general D. Luis Tapia, salía de Pátzcuaro rumbo al Poniente; al pasar por la cuesta de Tingambato fué tiroteada esta fuerza por la guerrilla de Margarito Próspero, el indio que había incendiado el molino del Refugio, propiedad del prefecto de Pátzcuaro. La mala suerte de Próspero lo hizo caer prisionero, y reconocido por algunos amigos de Patiño, fué fusilado en el acto, quedando su cadáver colgado de un árbol. Tapia dejó una guarnición de trescientos hombres en Taretan, á la que se agregaron los contraguerrilleros de Jesús Alatorre y Blas Garibay, como contingente de aquella Villa.

El día 25 la repetida fuerza entró á Uruapan, abandonada por los republicanos, y tomó posesión de ella cometiendo muchas tropelías como si hubiera sido una plaza conquistada por las armas. Inmediatamente los ingenieros franceses trazaron la línea de fortificaciones y se dió manos á la obra, empleando en los trabajos á la gente del pueblo, á quien se obligaba á ello por medio de la violencia y sin retribución alguna. La guarnición que se instaló en la ciudad estaba formada de tropas de infantería, caballería y artillería á las órdenes del coronel D. Francisco de P. Lemus, uno de los jefes más valientes y experimentados del ejército reaccionario.

Con aquella expedición regresaron á Uruapan D. Isidro Paz, quien tomó posesión de la codiciada prefectura política, y D. Florencio Gutiérrez, que formó allí una pequeña contraguerrilla, en la que figuraban Arcadio Pérez, el manco Espinosa, Ramón Pasalle, Cipriano Corsa y Florencio Morón, cajeros ó dependientes de aquellos señores. No omitiré un pequeño episodio que servirá para realzar la conducta de los franceses en México. Se había alojado en la casa de D. Luis Ocaranza un capitán francés, el cual, para mayor comodidad, se apoderó de las mejores piezas de la casa, relegando á la familia del propietario á los cuartos más inservibles. A los ocho días que la columna francesa, después de dejar la guarnición en Uruapan, salió de esta ciudad, el capitán francés echó de menos un reloj de faltriquera. Convertido en energúmeno y vomitando insultos, quería obligar á D. Luis Ocaranza á que le entregara el reloj. Por más que algunos vecinos manifestaban con energía que aquel anciano era incapaz de cometer el menor robo, y que además era ferviente partidario del imperio, el oficial nada quiso oír y dió orden á una escolta de que se llevase preso á aquel *chinaco zarragoza*. En efecto, D. Luis Ocaranza, á pie y cargado con el peso de los años, marchó entre filas. Lo acompañaba, también á pie, su hijo, el conocido pintor Manuel Ocaranza.

La columna iba ya en camino: varios vecinos de Uruapan reunieron en suscripción cien pesos que eran el valor del reloj, según el dicho del capitán francés, y enviaron un mozo á que alcanzase la fuerza y entregara el dinero. Los france-

ses habían acampado en el pequeño pueblo de Capacuaro, cuando llegó el mozo y puso en manos del capitán la suma que éste pedía. En aquel momento el asistente desenvolvía el catre de su jefe, y ¡dentro aparecía el reloj!

Es increíble; pero al ver su alhaja el oficial, se volvió con gesto sañudo hacia Ocaranza y le gritó:

—¡Está bien, vaya vd. libre; pero que no vuelva á suceder!

Era tal el furor que ardía en la mirada de aquel hombre, que ni D. Luis, ni Manuel, ni el mozo se atrevieron á pedirle los cien pesos.....!

Durante aquellos días, los generales Arteaga y Riva Palacio, comprendiendo cuánta falta podían hacer las fuerzas que Salazar retiraba de la campaña de Michoacán, habían escrito al general Régules, invocando su patriotismo y los antecedentes de su carrera militar, é invitándolo á que volviese sobre sus pasos y continuara prestando en el Estado sus importantes servicios, bajo la bandera de la legalidad. El general Régules, desde Apatzingán y con fecha 31 de Enero, contestó á Riva Palacio lo siguiente: "Inmediatamente que fué en mi poder la comunicación de vd. fecha 27, comencé á dictar mis disposiciones para cumplimentarla, quedando seguro de que de cuanto ocurra daré á vd. parte para su conocimiento." En efecto, dos ó tres días después, Régules y Eguiluz manifestaron á Salazar que, conformes con las inspiraciones de su deber, dejaban de marchar á su lado y reconocían la autoridad del general Arteaga. Salazar no les hizo objeción alguna. Aquellos jefes emprendieron una marcha penosa y dilatada á través de la Tierra Caliente, hasta ir á incorporarse á la exigua división de Riva Palacio, en Tacámbaro.

Entretanto, en Morelia había tomado el mando en jefe el general Neigre, y para garantizar á aquella ciudad de un golpe de mano de los republicanos, organizó una línea de destacamentos en Ario, Santa Clara, Acuitzio y Quiroga, apoyados por una columna móvil que avanzó hasta las inmediaciones de Tacámbaro, pero que no se atrevió á atacar esta plaza.

Más audaces eran los contraguerrilleros imperialistas. El manco Espinosa salió de Uruapan á expedicionar por sus te-

rrenos (Parácuaro y Apatzingán), logrando en menos de ocho días formar una partida de cuarenta ginetes. El día 6 fué sorprendido en la última de las poblaciones mencionadas por el comandante José María Soto, y después de cuatro horas de combate, Soto dispersó la fuerza de su contrario haciéndole varios muertos.

En la Rayuela, primer Distrito del Estado de México, el contraguerrillero Pascual Muñoz derrotó el día 5 las partidas que mandaba D. Esteban León; el 6, el *Ranchero* atacó la guerrilla de Almeida, quedando éste muerto en el campo, y el 9, el contraguerrillero Florentino Hernández batió á Granda en Pungarancho y logró dispersarle su fuerza de veinte ginetes.

Todos estos golpes eran fáciles, merced á que Clary con seiscientos hombres, entre franceses y *mexicanos*, se había situado en Zitácuaro y desde allí enviaba expediciones á los alrededores. Algunas de ellas arrasaron los pueblos inmediatos de San Mateo, San Bartolo, San Francisco y San Felipe, y en los demás cometían toda clase de tropelías.

El 13 de Febrero entraron por fin en Tacámbaro ochocientos franceses, de los cuales, cuatrocientos permanecieron en aquella plaza y los restantes marcharon sobre Ario.

El 16 los imperialistas de la guarnición de Teloloapan, en número de quinientos hombres, avanzaron sobre Huetamo; pero retrocedieron viendo la actitud de la guardia nacional de aquella villa, que se presentó en el acto á ponerse á las órdenes del coronel Valdés.

Se ve cómo, á pesar del cuantioso número de tropas con que en aquellos días contaba el imperio en Michoacán, los republicanos que allí hacían la campaña no cesaban en la lucha ni perdían la fe en el triunfo de la independencia.

Y no por andar rebelde Salazar, debemos olvidar á un jefe tan valiente y tan patriota. Ya vimos que, tomando el camino de Jalisco, había llegado á Apatzingán, en donde se le separaron el general Régules y Eguiluz. Después se internó en el Sur de aquel Estado en solicitud de Echeagaray.

Este, que había permanecido en Coalcomán y Trojes, viendo que su fuerza se disminuía rápidamente por la deserción, penetró en Enero al territorio de Jalisco, y hallando desocupado á Zapotlán, se estableció allí y expidió un decreto por el que reasumía el mando del ejército del Centro. Componían esta fuerza, que no excedía de ochocientos hombres, la brigada del general Julio García, un cuerpo de infantería á las órdenes del general Julio Cervantes, la caballería del coronel Villagómez y tres piezas de artillería de montaña al mando de Benito Zenea.

Pronto salieron de Colima y de Guadalajara fuerzas numerosas para ir á atacar á Echeagaray. Este abandonó á Zapotlán, y después de algunas marchas y contramarchas, en que su situación se hizo angustiada, como un recurso supremo se decidió á atacar á Zapotlán, en donde había ya una guarnición de trescientos hombres á las órdenes del teniente coronel Juan Vélez. El día 4 de Febrero amagó la población, pero fracasó el ataque, no obstante que los republicanos estuvieron en momentos de obtener la victoria. "Echeagaray se retiró entonces á Tecalitlán con los mutilados restos de su tropa, y convencido de que le era imposible luchar con un enemigo superior con mucho, que se había puesto á su persecución, nombró al Lic. Ireneo Paz para que fuese á Colima á ofrecer al general Oronoz la deposición de las armas, siempre que no se impusiera á los republicanos condición alguna que fuese indecorosa. La proposición fué aceptada y aquel cuerpo de valientes se retiró de la campaña, cediendo á una fuerza mayor, sin reconocer al imperio ni contraer compromiso de ninguna especie que los ligase con la intervención." Firmaron la deposición y disolución de su fuerza el día 8 de Febrero.

Por aquellos mismos días, Salazar, cuya división había quedado reducida á menos de mil hombres, supuesta la separación de Régules, salió por los Reyes y Cotija, y se internó á la sierra de Mazamitla (Jalisco). Durante la marcha, algunas contraguerrillas quisieron estorbarle el paso, pero lejos de conseguirlo, quedaron escarmentadas. En uno de esos días, se le incorporó un terrible guerrillero, llamado Magda-

leno Martínez, que entonces fué muy útil, pues en una de aquellas acciones deshizo la gavilla imperialista de Pedro Avila, quien, con un compañero suyo, fué pasado por las armas el día 7 en el valle de Mazamitla. Este Avila era un famoso bandido, feroz y sanguinario, que tenía sentados sus reales en la cuesta del Zapatero.

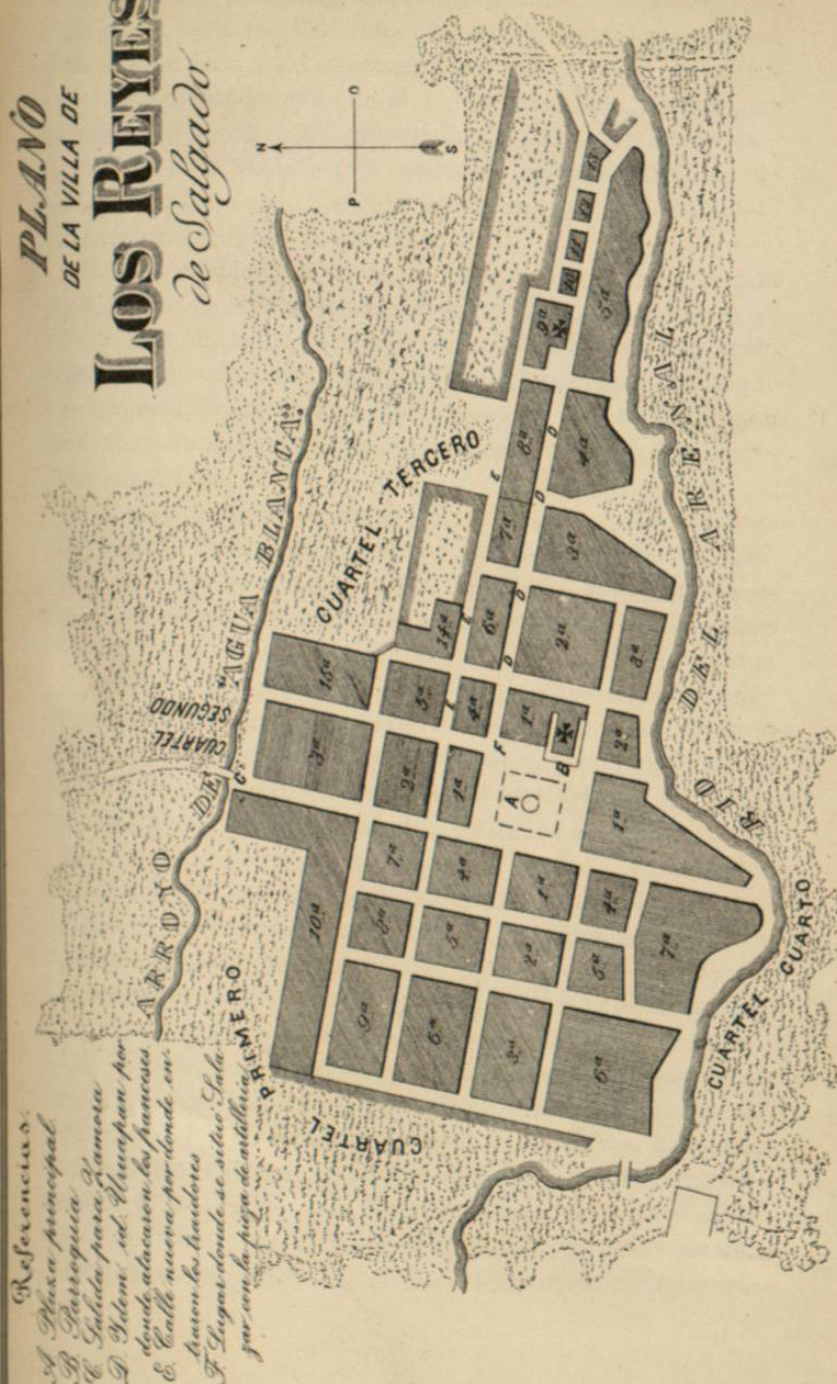
El día 8 llegó Salazar al pueblo de Teocuitatlán; la población había huido en masa, y en la noche tuvo noticia de que una considerable fuerza del enemigo tomaba posiciones, no lejos del lugar. Esto, y la noticia de que el ejército de Echeagaray se había disuelto, determinaron á Salazar á emprender la retirada. Atravesó por veredas la sierra del Favor, y caminando tres días y tres noches, en medio de toda suerte de privaciones, llegó por fin á Tepalcatepec, ya en territorio de Michoacán, y el día 19 á la villa de Los Reyes: allí descansaron sus soldados toda la noche. Para referir lo que pasó al día siguiente, copiaré íntegro el relato que escribí dos años después de los acontecimientos y cuando mi memoria estaba aún fresca y vivas las impresiones.

“Era el 20 de Febrero de 1865.

“Los soldados de la columna que mandaba el valiente general Carlos Salazar, habían llegado á Los Reyes, después de una larga y fatigosa expedición por el Sur de Jalisco. Aquel jefe envió la brigada de caballería á proveerse de recursos en algunas poblaciones cercanas, quedándose con ochenta jinetes al mando del teniente coronel Espiridión Trejo y treinta de la partida de Agustín García. La infantería estaba compuesta de los batallones “Guías del Ejército,” á las órdenes del teniente coronel José Vicente Villada; del 1º de Toluca, que mandaba el coronel José María Hernández; de “Tiradores de Codallos,” su coronel Hipólito Ortiz, y de “Rifleros de Zaragoza,” mandado por el teniente coronel José Dolores Vargas. Estos cuerpos no llegaban en conjunto á setecientos hombres. Tenía esta brigada una pieza de montaña, servida por seis artilleros á las órdenes del teniente Ignacio Pineda.

“En la mañana ordenó Salazar que se aseara la tropa. Los cuerpos se dirigieron al río, y dejando sus fusiles en pabellón, se entregaron al lavado y á bañarse. Se tomó esta determi-

## PLANO DE LA VILLA DE LOS REYES de Salgado.



Referencias:

A. Plaza principal

B. Párroquia

C. Salida para Zamora

D. Pórtico del Huacapan por

donde atacaron los franceses

E. Calle nueva por donde en-

traron los franceses

F. Lugar donde se sitúa Sala-

zar con la pieza de artillería

que se usó en la batalla

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. B. C.

nación, porque los exploradores aseguraron que el enemigo se hallaba en Zamora, Paracho, Uruapan y Taretan; la menor distancia no bajaba de catorce leguas.

“Estaban los soldados en el baño; tranquilos, contentos, porque sabían que el general velaba por ellos. En efecto, éste, sin fiarse en los informes recibidos, colocó un vigía en la torre y él mismo salió á vigilar los puntos por donde pudiera presentarse alguna fuerza contraria.

“Serían las dos de la tarde, cuando se oyó sonar la campana mayor de la parroquia. El general subió á la torre y observó que una tropa descendía de la sierra. Salazar bajó y él mismo tomó un clarín y tocó generala, pues en su mocedad había aprendido los toques de Ordenanza. Una segunda llamada hizo comprender á nuestros soldados que no había tiempo que perder.

“Por de pronto comenzaron á oirse disparos. Era que los exploradores se tiroteaban con el enemigo en la orilla de San Gabriel, barrio de Los Reyes. En aquel momento, comenzaban á llegar del río los infantes de Salazar, que los colocaba en situación de presentar batalla.

“Terrible era el aspecto de aquellos hombres. El toque de generala los había sorprendido en el baño; la llamada fué tan apremiante, que no tuvieron tiempo de vestirse; y la mayor parte de ellos, desnudos, con el fusil á discreción y atándose las cartucheras, parecían demonios brotados del infierno.

“El enemigo á su vez, se presentaba por la calle principal (la del Olmo). Su primera columna, compuesta de dos compañías de zuavos del 3.<sup>o</sup> regimiento (trescientos hombres) avanzaba á paso de carga.

“Salazar ordenó al teniente coronel Antonio Domínguez, que con el batallón de Toluca saliera al encuentro del enemigo. Domínguez, luego que se avistó con la columna contraria, exclamó lleno de terror: “muchachos, son franceses; media vuelta!” Y uniendo el ejemplo á la palabra, huyó cobardemente. Entonces el coronel Méndez Olivarez, mayor general de la división, acompañado del teniente coronel Narciso Garcilaso, comisario de guerra, y del capitán de Estado Mayor Francisco Ramírez, salieron al encuentro de los fugi-